

jos. Pero, como no hay nada seguro en este mundo y estoy tan acostumbrada a las contrariedades, si, contra *mi voluntad*, mi llegada a Praga se retardara, cuento con usted en el punto en donde me vea obligada a detenerme, desde el cual le escribiré. Si, por el contrario, llego al lado de mis hijos tan pronto como lo deseo, sabe usted mejor que yo si debe o no venir. Puedo asegurarle que tendré un verdadero placer al verle en todo tiempo y en todo lugar.

»MARÍA CAROLINA.»

«Nápoles, 18 de agosto de 1833.

«No habiendo podido marchar aún nuestro amigo, recibo noticias de lo que ocurre en Praga, las que no disminuyen mi deseo de ir allá, pero que, en cambio, hacen más urgente la necesidad de sus consejos. Si puede, pues, dirigirse a Venecia sin tardanza, allí me encontrará a mí o cartas que le indiquen el punto en que podrá hallarme. Haré una parte del viaje con personas a quienes dispenso verdadera amistad y reconocimiento, el señor y la señora de Bauffremont. Hablamos de usted con frecuencia, y su adhesión a mi persona y a nuestro Enrique hace que deseen mucho su llegada. El señor Mesnard comparte también este deseo.»

La duquesa de Berry recuerda en su carta un pequeño manifiesto publicado a su salida de Blaye y que valía poco, porque no afirmaba ni negaba. Por lo demás, la carta no deja de ser curiosa como documento histórico, pues revela los sentimientos de la princesa con respecto a sus parientes carceleros e indica los sufrimientos por ella padecidos. Las reflexiones de María Carolina son justas y las expone con dignidad y energía. Agrada mucho ver a esa madre valerosa y adicta, encadenada o libre, preocupada constantemente por los intereses de su hijo. Al menos hay en aquel corazón juventud y vida. No dejaba de molestarme el comenzar de nuevo un largo viaje, pero me había enternecido demasiado la confianza de esta pobre princesa para negarme a sus deseos y dejarla abandonada. El señor Jauge acudió al socorro de mi miseria como la vez primera.

Entré en campaña con una docena de volúmenes esparcidos a mi alrededor. Así, pues, mientras peregrinaba en el carruaje del príncipe de Benevento, éste

comía en Londres en el astillero de su quinto dueño, esperando el accidente que le enviara tal vez a dormir a Westminster entre los santos, los reyes y los sabios; sepultura justamente debida a su religión, a su fidelidad y a sus virtudes.

DIARIO DE PARÍS A VENECIA. — JURA. — ALPES. — MILÁN. — VERONA. — RECUERDOS. — LOS MUERTOS. — EL BRENTA. — EPISODIOS.

Desde el 7 al 10 de septiembre de 1833, en camino.

Salí de París el 3 de septiembre, tomando el camino de el Simplón, por Pontarlier.

Salins, que había sido quemado, está reedificado; me agradaba antes más con su frialdad y vetustez española. El abate d'Olivet nació a orillas del *Furioso*; este primer preceptor de Voltaire, que recibió a su discípulo en la Academia, nada tenía del nombre de su riachuelo natal.

La horrorosa tempestad que tantos naufragios costó en la Mancha, me asaltó en el Jura. Llegué de noche a los *wastes* de la parada de Levier. La hospedería construida de madera, muy iluminada y atestada de viajeros en ella refugiados, semejaba en cierto modo los aquelares que celebraban las brujas los sábados. No quise detenerme y trajeron, por consiguiente, los caballos. Cuando fué menester cerrar los faroles del coche, hubo grandes dificultades; la posadera, bruja joven, extremadamente hermosa, prestó sonriendo su ayuda, teniendo buen cuidado de aproximar a su rostro la luz resguardada por un tubo de vidrio para que se la viera.

En Pontarlier mi antiguo huésped, muy legitimista cuando vivo, había muerto. Cené en el mesón del *Nacional*: buen augurio para el periódico de este nombre. Armando Carrel es el jefe de estos hombres que no han mentido a las jornadas de julio.

El castillo de Joux defiende las avenidas de Pontarlier, que ha visto sucederse en sus calabozos a dos hombres de los cuales conservará memoria la revolución: Mirabeau y Toussaint-Louverture, el Napoleón negro imitado y muerto por el Napoleón blanco. «Toussaint — dice madama de Staël—, fué conducido a una prisión de Francia en la que pereció de la manera más miserable. Acaso no recuerde siquiera Bonaparte esta fechoría,

porque le ha sido menos censurada que las demás.»

El huracán arreciaba; experimenté su mayor violencia entre Pontarlier y Orbes. Acrecía las montañas, hacía sonar las campanas de las aldeas, ahogando el ruido de los torrentes con el de los truenos y precipitábase mugiendo sobre mi coche como un grano negro sobre la vela de un buque. Cuando algunos relámpagos bajos lamían los jarales, veíanse inmóviles los rebaños de carneros, con la cabeza oculta entre las patas delanteras, y presentando sus rabos comprimidos y sus grupas velludas a los turbiones de lluvia y de granizo impelidos por el viento. La voz del hombre que anunciaba el tiempo transcurrido desde lo alto del campanario de una municipalidad rural, parecía el grito de la hora postrera.

En Lausania todo se volvía a presentar risueño; muchas veces había visitado este pueblo, pero ya no conozco a nadie en él.

En Bex, mientras enganchaban a mi carruaje los caballos que tal vez habían conducido el féretro de la señora de Custine, estaba apoyado contra la pared de la casa donde había muerto mi posadera de Fervacques. Se había hecho célebre en el tribunal revolucionario por su larga cabellera. He visto en Roma unos hermosos cabellos blondos extraídos de una tumba.

En el valle del Ródano, encontré a una mozueta casi desnuda que bailaba con su cabra; pedía limosna a un joven rico y elegante que pasaba en posta, precedido de un correo cubierto de galones y llevado en la trasera de su magnífica carroza de lacayos. ¿Y os figuráis que tal distribución de la propiedad pueda persistir?

Si me recuerda una época de mi vida: siendo secretario de embajada en Roma, fui nombrado por el primer cónsul ministro plenipotenciario en el Valais.

En Brigg, dejé a los jesuitas haciendo grandes esfuerzos para levantar de nuevo lo que había caído para siempre; inútilmente establecidos a los pies del tiempo, quedan aplastados bajo su masa, como su monasterio bajo el peso de las montañas.

Por décima vez pasaba los Alpes, a los que había dicho todo cuanto tenía que decirles en los diferentes años y en las diversas circunstancias de mi vida. Deplorar siempre lo que ha perdido; perdersé siempre en los recuerdos, marchar

hacia la tumba llorando y aislándose: tal es el hombre.

Las imágenes tomadas de la naturaleza montuosa, tienen especialmente relaciones sensibles con nuestras fortunas; éste pasa en silencio como la prolongación de un manantial; éste resuena en su carrera como un torrente; aquél arroja su existencia como una catarata que aterra y desaparece.

El Simplón parece estar ya abandonado, como la vida de Napoleón, y, como aquella vida no tiene más que su gloria, es una obra demasiado grande para pertenecer a los pequeños estados a quienes ha sido devuelta. El genio no tiene familia; su herencia pertenece por derecho de sucesión forzosa a la plebe, que no le da su valor, y planta una col donde antes crecía un cedro.

La última vez que atravesé el Simplón, iba de embajada a Roma; yo he caído, y los pastores que dejé en la cumbre de la montaña permanecen aún en ella; nieves, nubes, rocas ruinosas, bosques de pinos, murmullos de las aguas rodean incesantemente la cabaña amenazada por los témpanos. El ser que más vive en esas quiescencias es la cabra. ¿Por qué morir? Yo lo sé. ¿Por qué nacer? Lo ignoro. Reconozcamos, sin embargo, que los primeros sufrimientos, los sufrimientos morales, los tormentos del espíritu, son escasos entre los habitantes de la región de las gamuzas y de las águilas. Cuando me dirigía al congreso de Verona, en 1822, la parada del pico del Simplón estaba servida por una francesa. En medio de una noche fría y de una tormenta que me cegaba, me habló de la Escala de Milán y aguardaba cintas de París; su voz, única cosa que de esta mujer conocía, era muy dulce a través de las tinieblas y los vientos.

La bajada sobre Domo d'Ossola me pareció maravillosa en extremo, y cierto juego de luz y de sombra acrecía su magia. Jugueteaba un airecillo suave que nuestra antigua lengua llamaba *aura*, especie de precursora de la brisa de la mañana y perfumada con el rocío. He vuelto a hallar el lago Mayor, donde tan triste estuve en 1828, y que avisté desde el valle de Bellinzona en 1832. En Sesto-Calendo se me anunció Italia: un Pagani ciego canta y toca el violín a orillas del lago después de pasado el Tesino.

Al entrar en Milán, volví a ver la magnífica alameda de tulíperos de la que nadie habla; los viajeros los toman al pa-

recer por plátanos. Reclamo contra ese silencio en memoria de mis salvajes; lo menos es que América dé sombras a Italia. También podrían plantarse en Génova magnolias mezcladas con palmeras y naranjos. Pero, ¿quién sueña en eso? ¿quién piensa en embellecer la tierra? Esto se deja al cuidado de Dios. Se prefiere un árbol de cartón en un teatro de pulchinelas, a la magnolia cuyas rosas perfumarían la cuna de Cristóbal Colón.

En Milán, las molestias que ocasionan con los pasaportes son estúpidas. No sin emoción atravesé Verona, porque allí fué donde realmente empezó mi carrera política activa. Lo que el mundo hubiera podido llegar a ser si esta carrera no hubiese sido interrumpida por una miserable envidia, se ofrecía a mi imaginación.

Verona, tan animada en 1822 por la presencia de los soberanos de Europa, había vuelto a su silencio en 1833. El congreso había también pasado por sus calles solitarias, como la corte de los Escalígeros y el Senado de los Romanos. La arena cuyas gradas se me habían ofrecido cubiertas por cien mil espectadores, yacía desierta; los edificios que había admirado a través de la iluminación bordada en su arquitectura, se envolvían negruzcos y desnudos entre una atmósfera de lluvia.

¡Cuántas ambiciones se agitaron entre los actores de Verona! ¡Cuántos destinos de naciones, examinados, discutidos y pesados! Hagamos un llamamiento a esos proseguidores de sueños; abramos el libro del día de cólera: *Liber scriptus proferetur*. ¡Monarcas! ¡príncipes! ¡ministros! aquí está vuestro embajador; aquí está vuestro colega que vuelve en posta: ¿dónde estáis? responded.

¿El emperador de Rusia, Alejandro? — Muerto.

¿El emperador de Austria, Francisco II? — Muerto.

¿El rey de Francia, Luis XVIII? — Muerto.

¿El rey de Francia, Carlos X? — Muerto.

¿El rey de Inglaterra, Jorge IV? — Muerto.

¿El rey de Nápoles, Fernando I? — Muerto.

¿El duque de Toscana? — Muerto.

¿El Papa Pío VII? — Muerto.

¿El rey de Cerdeña, Carlos Félix? — Muerto.

¿El duque de Montmorency, ministro de Estado de Francia? — Muerto.

¿Canning, ministro de Estado de Inglaterra? — Muerto.

¿Bernstorff, ministro de Estado de Prusia? — Muerto.

¿Gentz, de la cancillería de Austria? — Muerto.

¿El cardenal Gonzalvi, secretario de Estado de Su Santidad? — Muerto.

¿Serre, mi colega en el Congreso? — Muerto.

¿Aspremont, mi secretario de embajada? — Muerto.

¿El conde de Nieperg, marido de la viuda de Napoleón? — Muerto.

¿La condesa Tolstoi? — Muerta.

¿Su alto y joven hijo? — Muerto.

¿Mi huésped del palacio Lorenci? — Muerto.

Si tantos nombres, inscritos como yo en el registro del Congreso, se han hecho inscribir en el de los difuntos; si pueblos y dinastías reales han perecido; si ha sucumbido Polonia; si España yace de nuevo anonadada; si he ido a Praga para informarme de los restos fugitivos de la gran raza de que era yo el representante en Verona, ¿qué son, pues, Dios mío, las cosas de la tierra? Nadie se acuerda de nuestros discursos, pronunciados alrededor de la mesa del príncipe de Metternich; pero, ¡oh poder del genio!, ningún viajero oír el canto de la alondra en los campos de Verona, sin acordarse de Shakespeare. Cada uno de nosotros, al registrar su memoria a varias profundidades, encuentra otra capa de muertos, otros sentimientos extintos, otras quimeras que inútilmente acarició, como las de Herculano en el pecho de la Esperanza. Al salir de Verona me vi precisado a cambiar de medida para computar el tiempo pasado; retrogradé veintisiete años; pues no había vuelto a hacer el viaje de Verona a Venecia desde 1806. En Brescia, en Vicenza y en Padua, atravesé los muros de Palladio, de Scamozzi, de Franceschini, de Nicolás de Pisa y de fray Juan.

Las márgenes del Brenta frustraron mis esperanzas, porque mi imaginación las había concebido más risueñas; los diques levantados a lo largo del canal, entierran demasiado las lagunas. Muchas quintas han sido demolidas; pero quedan aún algunas muy elegantes. Allí viene, quizás, el señor *Pococurante* a quien disgustaban las encopetadas señoras, a

quien sus dos lindas hijas empezaban a fastidiar, a quien la música fatigaba al cabo de un cuarto de hora, que encontraba insoportable a Homero, que detestaba al piadoso Eneas, al pequeño Ascenio, al imbécil rey Latino, a la campesina Amata y a la insípida Lavinia; a quien poco importaba una mala comida de Horacio sobre el camino de Brindisi; que declaraba no querer nunca más leer a Cicerón y mucho menos a Milton, ese bárbaro desfigurador del infierno y del diablo del Tasso. «¡Ay! — decía en voz baja Cándido a Martín—, temo mucho que este hombre sienta un profundo desprecio hacia nuestros poetas alemanes.»

A pesar del medio chasco que me había llevado y de los muchos dioses en los pequeños jardines, me admiraban las moreras, los naranjos, las higueras y la suavidad del aire, a mí, que poco tiempo antes caminaba entre los abetos de la Germania y sobre los montes de los cheques, donde apenas brilla el sol.

Llegué el 10 de septiembre, al amanecer, a Fusina, llamada *Chaffousine* por Felipe de Comines y Montaigne. A las diez de la mañana desembarqué en Venecia, siendo mi primer cuidado enviar a recoger el correo, donde nada se encontró para mí directamente, ni con la dirección indirecta para Paolo, no pudiendo, por consiguiente, adquirir ninguna noticia de la duquesa de Berry. Escribí al conde de Griffi, ministro de Nápoles en Florencia, rogándole que me indicase la ruta que seguía su Alteza Real.

Cuando lo tuve todo arreglado, resolví aguardar pacientemente a la princesa; Satanás me envió una tentación. Deseaba, por sus sugerencias diabólicas, permanecer sólo unos quince días en la fonda de Europa, con gran detrimento de la monarquía legítima. Deseaba, pues, malos caminos a la augusta viajera, sin pensar en que mi restauración del rey Enrique V podría sufrir un retardo de *medio mes*: pido por ello, como Dantón, perdón a Dios y a los hombres.

Venecia. Fonda de Europa, 10 de septiembre de 1833.

VENECIA

Salve, Italum Regina...

Nec tu semper eris.

(SANNAZAR.)

O d'Italia dolente

Eterno lume...

Venezia!

(CHIABRERA.)

El viajero puede creerse, en Venecia, sobre el alcázar de un soberbio bajel an-

clado, a bordo del *Bucentauro*, por ejemplo, en el que se le da un festín y desde el cual ve en derredor cosas admirables. Mi posada, la fonda de Europa, está situada a la entrada del gran canal, enfrente de la *Aduana de mar*, de la *Giudecca* y de *San Jorge Mayor*. Cuando se remonta el gran canal entre las dos filas de sus palacios, tan caracterizados por sus siglos, tan varios en su arquitectura; cuando el viajero se traslada a la *grande* y a la *pequeña* plaza, que contempla la basílica y sus cúpulas, el palacio de los duces, los *procurazie nuove*, la *Zucca*, la torre del reloj, el campanario de San Marcos y la columna del León, todo esto mezclado con las velas y los mástiles de los buques, con el movimiento de la muchedumbre y de las góndolas, con el azul de la mar y del espacio, nada pueden crear de más fantástico, ni los caprichos de un ensueño, ni los juegos de una imaginación oriental. Algunas veces Ciceri, reune y pinta sobre un lienzo para los efectos ópticos del teatro, monumentos de todas las formas, de todos los tiempos, de todos los países, de todos los climas: todavía es Venecia.

Estos edificios sobredorados, embellecidos con profusión por Giorgione, Ticiano, Pablo Veronés, Tintoreto, Juan Bellini, Paris Bordone, los dos Palma, están atestados de bronce, de mármoles, de granitos, de pórfidos, de antigüedades preciosas y de curiosos manuscritos: su magia interior iguala a su magia exterior, y cuando, a la claridad suave que los ilumina, se descubren los nombres ilustres y los recuerdos gloriosos escritos sobre sus bóvedas, no puede uno menos de exclamar con Felipe Comines: «Es la ciudad más triunfal que jamás haya visto.»

Y, sin embargo, ya no es la Venecia del ministro de Luis XI, la Venecia esposa del Adriático y dominadora de los mares; la Venecia que daba emperadores a Constantinopla, reyes a Chipre y príncipes a Dalmacia, al Peloponeso y a Creta; la Venecia que humillaba a los Césares de la Germania y recibía en sus inviolables hogares a los Papas que imploraban su auxilio; la Venecia de la cual tenían los soberanos por honroso ser ciudadanos; a la que Petrarca, Plethon y Besarión, legaban los restos de las letras griegas y latinas salvadas del naufragio de la barbarie; la Venecia que, republicana en medio de la Europa feudal, servía de égida a la cristiandad; Venecia

plantadora de leones, que rendía a sus pies los muros de Tolemaida, de Ascalón y de Tiro, que venecía en Lepanto a la media luna; la Venecia cuyos duces eran sabios y caballeros los mercaderes; la Venecia que aterraba al Oriente o le compraba sus perfumes, que traía de Grecia turbantes conquistados u obras maestras desenterradas; la Venecia que salía victoriosa de la liga ingrata de Cambrai; la Venecia que triunfaba por sus fiestas, sus cortesanas y sus artes, como por sus armas y sus grandes hombres; la Venecia a la vez Corinto, Atenas y Cartago, adornando su cabeza con coronas rostradas y diademas de flores.

ARQUITECTURA VENECIANA. — ANTONIO. — EL ABATE BETIO Y M. GAMBA. — SALAS DEL PALACIO DE LOS DUCES. — CÁRCELES. — PRISIÓN DE SILVIO PELLICO. — LOS FRARI. — ACADEMIA DE BELLAS ARTES. — «LA ASUNCIÓN» DEL TICIANO. — METOPAS DEL PARTENÓN.—DIBUJOS ORIGINALES DE LEONARDO DE VINCI, DE MIGUEL ANGEL Y DE RAFAEL. — IGLESIA DE SAN JUAN Y SAN PEDRO.

Venecia, septiembre de 1833.

En Venecia había en 1806 un señor Armani, traductor italiano o amigo del traductor de *El Genio del Cristianismo*. Su hermana, según decía, era monja, *monaca*. Había allí también un judío que iba a la comedia del gran Sanhedrín de Napoleón y que atistaba con avidez mi dinero, y, además, el señor Lagarde, jefe de los espías franceses, quien me convidó a comer: mi traductor, su hermana y el judío del Sanhedrín o han muerto o no residen ya en Venecia. En aquella época me hospedaba en la fonda del *León Blanco*, cerca del Rialto; esta fonda ha cambiado de sitio. Casi enfrente de mi antigua posada, está el palacio Foscari, que se derrumba. ¡Fuera todas esas vejeces de mi vida! Enloquecería a fuerza de meditar sobre ruinas; hablemos del presente.

He tratado de describir el efecto general de la arquitectura de Venecia, y deseoso de conocerla en todos sus detalles, he subido, bajado, vuelto a subir, otra vez bajado y subido de nuevo por el gran canal; he visto y vuelto a mirar la plaza de San Marcos.

Se necesitarían volúmenes para agotar este asunto. *Le fabbriche più cospicue di Venezia* del conde Cicognara, dan una

idea del carácter de los monumentos, pero las explicaciones no son claras. Me contentaré con hacer mención de dos o tres adornos de los más prodigados.

Del capitel de una columna corintia, arranca un semicírculo, cuya extremidad descende sobre el capitel de otra columna del mismo orden. Precisamente en el centro de estos estilos se eleva una tercera columna de iguales dimensiones y de orden también corintio; del capitel de esta columna central parten a derecha e izquierda dos epíclidos, cuyas extremidades van también a apoyarse sobre los capiteles de otras columnas. Resulta de este dibujo que los arcos, al interceptarse, producen ojivas en el punto de su intersección, de suerte que se forma una mezcla agradable de dos arquitecturas: del arco de bóveda romano y de la ojiva árabe o gótica oriental. En esto sigo la opinión moderna, suponiendo la ojiva árabe gótica o circulada de la Edad Media; pero es cierto que existe en los monumentos que llamamos ciclopeanos; la he visto muy pura en el sepulcro de Argos. El palacio del dux ofrece artesanos reproducidos en algunos otros palacios, particularmente en el de Foscari: las columnas sostienen arcos ojivales, y estos arcos dejan vacíos entre sí, entre los cuales ha colocado el arquitecto dos rosetones. El rosetón deprime las extremidades de las dos elipses. Estos rosetones, que se tocan en un punto de su circunferencia en la fachada del edificio, vienen a convertirse en una especie de ruedas alineadas, sobre las que se eleva el resto del edificio.

En toda construcción la base es, por lo común, lo más sólido y el monumento disminuye en espesor a medida que se eleva. El palacio ducal es, precisamente, todo lo contrario de esta arquitectura natural: la base horadada por ligeros pórticos coronados por una galería de arabescos dentados con cuatro hojas de trébol calados, sostiene una masa cuadrada, casi desnuda: creeríase que es una fortaleza construída sobre columnas, o más bien un edificio invertido plantado sobre su endoble coronamiento y cuyos espesos cimientos se encuentran al descubierto.

Las máscaras y las cabezas arquitectónicas son muy notables en los monumentos de Venecia. En el palacio Pésaro el establecimiento del primer piso, de orden dórico, está adornado con cabezas de gigantes; el orden jónico del segundo,

lo está con cabezas de caballeros que salen horizontalmente del muro, con el rostro vuelto hacia el agua; las unas se cubren con una media celada, las otras tienen la visera medio caída; todas llevan cascós, cuyas cimbras se extienden en forma de adornos bajo la cornisa. Por último, en el tercer piso, de orden corintio, se advierten cabezas femeninas con los cabellos anudados de diversos modos.

En San Marcos, enriquecido de cúpulas, incrustado de mosaicos, cargado con los incoherentes despojos del Oriente, creía a la vez encontrarme en Saint-Vital, de Rávena; en Santa Sofía, de Constantinopla; en San Salvador, de Jerusalén, y en esas pequeñas iglesias de la Morea, de Chio y de Malta. San Marcos, monumento de arquitectura bizantina, se compone de victorias y conquistas levantadas a la cruz, de la cual Venecia entera es un trofeo. El efecto más notable de la arquitectura es su obscuridad bajo un cielo brillante; pero hoy, 10 de septiembre, la luz, amortiguada en el exterior, armoniza con la sombría basílica. Concluía la ceremonia de las cuarenta horas, dispuesta para obtener buen tiempo. El fervor de los fieles rogando para que cesasen las lluvias, era grande: un cielo encapotado y lluvioso, parece una epidemia a los venecianos.

Nuestras preces han sido oídas: la tarde ha quedado hermosa: he paseado, de noche, por el muelle. La mar se extendía llana; las estrellas se mezclaban a las luces esparcidas en los barquichuelos y buques anclados aquí y allí. Los cafés estaban atestados, pero no se veían ni pulchinelas, ni griegos, ni berberiscos: ¡todo se acaba! Una madona muy iluminada en el paso de un puente, atraía a la muchedumbre: muchas jóvenes arrojadas oraban devotamente; con la mano derecha hacían la señal de la cruz y con la izquierda detenían a los transeuntes. Al volver a mi posada me acosté, quedándome dormido con el canto de los gondoleros estacionados debajo de mi ventana.

Tengo por guía a Antonio, el más viejo e instruído cicerone del país, que sabe de memoria los palacios, las estatuas y los cuadros.

El 11 de septiembre he visitado al abate Betio y al señor Gamba, conservadores de la biblioteca, quienes me han recibido con extrema cortesanía, a pesar de no tener para ellos ninguna recomendación.

Al recorrer las habitaciones del palacio ducal, se camina de maravilla en maravilla. Allí se desarrolla la historia entera de Venecia pintada por los más grandes maestros: sus cuadros han sido mil veces descritos.

Entre las antigüedades, he, como todos, observado el grupo del Cisne y de Leda, y al Ganimedes llamado de Praxiteles. El Cisne es prodigioso en la expresión de su voluptuosidad. El águila de Ganimedes no es un águila verdadera, puesto que parece ser el animal más inofensivo del mundo. Ganimedes, gozoso de verse arrebatado, es admirable y habla al águila, que le contesta.

Estas antigüedades están colocadas en las dos extremidades de los magníficos salones de la biblioteca. He contemplado con el santo respeto del poeta un manuscrito del Dante, y he examinado con la avidez del viajero el mapamundi de Fra Mauro (1460). El Africa, sin embargo, no me parece tan correctamente trazada como suponen. Sería especialmente preciso explorar en Venecia los *archivos*, donde se encontrarían documentos muy preciosos.

De los salones pintados y dorados pasé a las *prisiones* y *calabozos*: el mismo palacio ofrece el microcosmo de la sociedad, placer y dolor. Los calabozos están *debajo de la techumbre* y los calabozos *al nivel del agua* del canal y con dos pisos. Se cuentan mil cuentos de estrangulaciones y de decapitaciones secretas, pero, en compensación, se refiere que un prisionero salió rollizo y coloradote de una de esas mazmorras después de diez y ocho años de cautiverio: había vivido, al parecer, como un sapo en el interior de una piedra. Honor a la raza humana, ¡Qué bella cosa es!

El puente de los Suspiros une el palacio ducal con las cárceles de la ciudad; está dividido en dos partes en su longitud: por uno de los lados entran los *presos ordinarios*, por el otro, los *presos de Estado* eran conducidos al tribunal de los inquisidores, o al de los Diez. Este puente es elegante en su exterior y la fachada de la cárcel admirable; en Venecia no puede prescindirse de la belleza, siquiera sea para la tiranía y la desgracia. Los pichones anidan en las ventanas de la cárcel; tiernas palomas con pluma apenas, agitan las alas y pían tras de las rejas aguardando a sus madres. En otros tiempos se enclaustraban inocentes criaturas apenas salidas de la cuna, y sus padres

sólo podían verles a través de las rejas del locutorio o de las rejillas de la puerta.

Venecia, septiembre de 1833.

Ya se comprenderá que, estando en Venecia, debía, necesariamente, ocuparme de Silvio Pellico. El señor Gamba me había indicado que el abate Betio era el dueño del palacio, y que, dirigiéndome a él, podría llevar adelante mis averiguaciones. El excelenté bibliotecario, a quien recurrí una mañana, tomó un gran manojo de llaves y me condujo, pasando por muchos corredores, y subiendo diversas escaleras, a las buhardillas del autor de *Mie prigioni*.

Silvio Pellico se equivocó sólo en una cosa: ha hablado de sus cárceles como de una de esas famosas prisiones, calabozos suspendidos en el aire, llamados por su techado, *sotto i piombi*. Estas prisiones son, o más bien eran, en número de cinco en la parte del palacio ducal contigua al puente *della Pallia*, y al canal del puente de los Suspiros. Pellico no estaba en ellos encerrado, pues se hallaba preso en la otra extremidad del palacio, hacia el puente de los Canónigos, en un edificio adherido al palacio, edificio transformado en cárcel en 1820 para los reos políticos. Por lo demás, estaba también *bajo los plomos*, pues una hoja de este metal formaba la techumbre de su encierro.

La descripción que el prisionero hace de su primero y segundo aposento, es completamente exacta. Desde la ventana del primer cuarto se dominan las cúspides de San Marcos. Vense el pozo del patio interior del palacio, al cabo de la gran plaza, los diferentes campanarios de la ciudad, más allá las lagunas, en el horizonte montañas en dirección de Padua; reconócese la segunda habitación por sus dos ventanas, la una grande y pequeña la otra y más alta; por la primera era por la cual Pellico veía a sus compañeros de infortunio en un cuerpo de guardia de enfrente, y, a la izquierda, más arriba, a los amables niños que le hablaban desde las ventanas de sus madres.

El autor de *Francisca de Rimini*, pensaba en Zanze en su calabozo; yo cantaba en el mío, a una niña que acababa de ver morir. Tenía mucho interés por saber lo que había sido de la interesante carcelera de Pellico, y he comisionado a algunos sujetos para que lo averigüen; si adquiero sobre el particular alguna noticia, la comunicaré a mis lectores.

Venecia, septiembre de 1833.

Una góndola me ha desembarcado en los *Frari*, donde nosotros, los franceses, acostumbrados a los exteriores griegos o góticos de nuestras iglesias, miramos con indiferencia esas fachadas de basílicas de ladrillo, desagradables y vulgares; pero, en el interior, la armonía de las líneas y la disposición de las masas tienen tales sencillez y calma de composición que embobesan.

De los *Frari* me he dirigido a la galería *Manfrini*. El retrato del Ariosto parece vivir. El Ticiano pintó a su madre, vieja matrona, obesa y fea; el orgullo del artista se deja conocer en la exageración de los años y las miserias de esta mujer.

En la Academia de Bellas Artes me apresuré a ver el cuadro de la *Asunción*, descubrimiento debido al conde de Cicognara: al pie del cuadro aparecen diez grandes figuras de hombres, y, a la izquierda llama la atención el hombre que en dulce éxtasis contempla a María. La Virgen, descollando sobre este grupo, se eleva en el centro de un semicírculo de querubines: hay en esta gloria multitud de rostros admirables; una cabeza de mujer a la derecha, en una extremidad del semicírculo, de una belleza indecible; dos o tres espíritus divinos, lanzados horizontalmente en el cielo, de la manera más pintoresca y atrevida, del Tintoreto. Yo no sé si un ángel que está de pie puede experimentar sentimientos de un amor sobrado terrenal. Las proporciones de la Virgen son pronunciadas; está cubierta de un ropaje encarnado; su chal azul flota a merced del viento, y sus ojos se dirigen al Padre Eterno, que aparece en el punto más culminante. Cuatro colores marcados, el obscuro, el verde, el encarnado y el azul componen el conjunto, cuyo aspecto es sombrío y poco ideal su carácter, pero que encierra, en cambio, una verdad y una fuerza de naturalidad incomparables: prefiero a este cuadro, sin embargo, *La presentación de la Virgen en el templo*, obra del mismo autor, que se encuentra en la misma sala.

En frente de la *Asunción*, iluminada con mucho artificio, está el *Milagro de San Marcos*, del Tintoreto, drama vigoroso que más bien parece impreso en el lienzo con el cincel y el mallet que con los pinceles.

Pasé a examinar los yesos de las métopas del Partenón: estos yesos tenían

para mí un triple interés; había visto en Atenas los vacíos que dejaban las depredaciones de lord Elgin, y en Londres los mármoles substraídos cuyos moldes encontraba en Venecia. El destino errante de estas obras maestras se enlazaba al mío, y, sin embargo, Fidiás no había modelado mi barro.

He reposado de mi admiración en la Academia de Bellas Artes por una admiración de otra especie en San Juan y San Pablo; así se refrigeró el espíritu con el cambio de lectura. Esta iglesia, cuya desconocida arquitectura ha seguido las huellas de Nicolo Pisano, es vasta y rica. El testero donde encaja el altar mayor, representa una especie de concha puesta de pie: otros dos santuarios acompañan lateralmente esta concha; son altos, estrechos, bóvedas de muchos centros y separadas del teclero por paredes intermedias.

Las cenizas de los duces Mocenigo, Morosini, Vendramin y otros varios jefes de la República descansan aquí. Encuéntrese aquí también la piel de Antonio Bragadino, defensor de Famagusta, y a lo que puede aplicarse la expresión de Tertuliano: *una piel viviente*. Estos ilustres despojos inspiran un elevado y penoso sentimiento: Venecia misma, magnífico catafalco de sus magistrados guerreros, doble féretro de sus cenizas, no es más que una piel viviente.

Los cristales de colores y las colgaduras rojas que mitigan la luz de San Juan y San Pablo aumentan el efecto religioso. Las innumerables columnas traídas de Oriente y de Grecia han sido colocadas en la Basílica como alamedas de árboles exóticos.

Un huracán ha estallado mientras vagaba por la iglesia. ¿Cuándo sonará la trompeta que ha de despertar a los muertos? Otro tanto decía al pie de Jerusalén, en el valle de Josafat.

Después de estas excursiones, vuelto a mi fonda de Europa, he dado gracias a Dios por haberme trasladado desde los cerdos de Waldmunchen a los cuadros de Venecia.

EL ARSENAL.—ENRIQUE IV.—FRAGATA QUE SALE PARA AMÉRICA. — CEMENTERIO DE SAN CRISTÓBAL. — SAN MIGUEL DE MURANO.—MURANO.—LA MUJER Y EL NIÑO. — GONDOLeros. — LOS BRETONES Y LOS VENECIANOS. — DESAYUNO EN EL MUELLE DE LOS ESCLAVONES. — LAS PRINCESAS EN TRIESTE.

Venecia, septiembre de 1833.

Después de haber visitado las prisiones en cuyo fondo la material Austria trató de ahogar las inteligencias italianas, me he dirigido al arsenal. Ninguna monarquía, por poderosa que sea, o que haya sido, ha presentado un compendio náutico parecido.

Un espacio inmenso, cercado de muros aspillados, encierra cuatro grandes dársenas para los buques de alto bordo, astilleros para su construcción, establecimientos para todo lo relativo a la marina militar y mercante, desde la jarcia hasta la fundición de cañones, desde el taller para cortar los remos de la góndola hasta el en que se cuadraba la quilla de un navío de setenta y cuatro cañones, desde las salas destinadas a las armas antiguas conquistadas en Constantinopla, Chipre, Morea y en Lepanto, hasta las salas en donde están expuestas las armas modernas, mezclado el todo de galerías, de columnas, de arquitecturas elegantes y dibujadas por los primeros maestros.

En los arsenales de la marina de España, de Inglaterra, de Francia y de Holanda, se ve tan sólo aquello que tiene relación directa con el objeto de los mismos; pero, en Venecia, las artes se unen a la industria. El monumento del almirante Emo, de Canova, os espera junto al armazón de un navío; hileras de cañones se os aparecen a través de largos pórticos; dos leones colosales del Pireo guardan la puerta de la Dársena de la que va a salir una fragata para un mundo que Atenas no ha conocido y que ha descubierto el genio de la moderna Italia. A pesar de esas hermosas ruinas de Neptuno, el arsenal no recuerda ya estos versos del Dante:

Quale nell' Arzaná de Viniziani
Bolle l'inverno la tenace pece
A rimpalmar li legni lor non sani,

Che navicar non ponno, e'n quella vece
Chi fa suo legno nuovo, et chi ristoppa
Le coste a quel che più viaggi fece;

Chi ribatte da proda, e chi da poppa;
Altri fa remi, ed altri volge sarte;
Chi terzeruolo ed artimon rintoppa.

Todo este movimiento ha concluido; se conoció de toda la vida), ¿tiene al vacío de las tres cuartas partes y media del arsenal, los hornos apagados, las calderas corroídas por el orín, las cordelías sin ruedas, los astilleros sin constructores, patentizan la misma muerte que ha herido a los palacios. En vez de la multitud de carpinteros, de veleros, de marineros, de calafates y grumetes, ven-se algunos galeotes que arrastran sus cadenas; dos de ellos comen sobre la recámara de un cañón; en aquella mesa de hierro podían al menos soñar en su libertad.

Los franceses recién llegados de Praga y aguardando en Venecia a la madre de Enrique V, deberían conmovérse al ver en el arsenal de Venecia la armadura de Enrique IV. La espada que el Bearnés ceñía en la batalla de Ivry estaba junto a esa armadura; esta espada ha desaparecido.

Por un decreto del gran consejo de Venecia del 3 de abril del año 1600: «Enrico di Borbone IV, re de Francia é di Navarra, con li figliuoli é discendenti suoi, sia annumerato tra i nobili di questo nostro maggior consiglio.»

Carlos X, Luis XIX y Enrique V, descendientes di Enrico di Borbone, son, pues, nobles de la república de Venecia, que ya no existe, así como son reyes de Francia en Bohemia, como son canónigos de San Juan de Letrán en Roma, y siempre en virtud de Enrique IV. Yo los he representado en esta última cualidad; han perdido su capirote y su suerte, y yo he perdido su embajada; ¡me encontraba, sin embargo, tan bien en mi silla de coro de San Juan de Letrán! ¡qué magnífica iglesia! ¡qué hermoso cielo! ¡qué música tan admirable! Aquellos cantos han durado más que mis grandezas y que las de mi rey canónigo.

Mi gloria me ha molestado mucho en el arsenal; irradia sobre mi frente a pesar mío; el feldmariscal Pallucci, almirante y comandante general de la armada, me reconoció por mis cuernos de fuego; se apresuró a enseñarme por sí mismo diferentes curiosidades, y luego, disculpándose de no poder acompañarme por más tiempo, a causa de tener que presidir un consejo, me confió a un oficial superior.

Hemos encontrado al capitán de la fragata en franquía. Me ha detenido sin cumplimiento y me ha dicho con esa franqueza de marino que tanto me gusta: «Señor vizconde (como si me hubie-

se conocido de toda la vida), ¿tiene algún encargo que darme para América?» «No, capitán; hágale presentes mis recuerdos; hace ya mucho tiempo que no la he visto.»

Venecia, septiembre de 1833.

En el arsenal no me encontraba lejos de la isla de San Cristóbal, que sirve hoy de cementerio, y que encerraba en otro tiempo un convento de capuchinos; el convento ha sido derribado, y el sitio que ocupaba es tan sólo un recinto de forma cuadrada. Los sepulcros no son numerosos, o, al menos, no se elevan del suelo nivelado y cubierto de hierba. Junto a la tapia que mira al Oeste hay cinco o seis monumentos de piedra; varias cruces de madera negra con una inscripción blanca, están esparcidas por todos lados: he aquí cómo se entierra actualmente a los venecianos cuyos antepasados descansan en los mausoleos de los *Frari* y de San Juan y San Pablo. La sociedad, al ensancharse, se ha rebajado; la democracia ha ganado la muerte.

En la parte del cementerio que mira a Venecia se eleva una capilla, de forma octógona, consagrada a San Cristóbal. Este santo, al conducir sobre sus hombros a un niño para pasarlo al otro lado de un río, halló la carga demasiado pesada: el niño era el hijo de María que llevaba el mundo en sus manos. El cuadro del altar representa esta interesante situación.

Yo también he querido conducir un niño rey, sin advertir que dormía en su cuna con diez siglos; carga demasiado pesada para mis brazos.

Observé en la capilla un candelero de madera (la vela estaba apagada), una pirlilla de agua bendita para bendecir las sepulturas y un libro rotulado *Pars Ritualis romani pro usu ad exsequianda corpora defunctorum*; cuando el mundo nos olvida, la Religión, pariente inmortal e incansable, nos llora y nos sigue, *exsequor fugam*. Una caja contenía un eslabón; Dios sólo dispone de la centella de la vida: dos cuartetos escritos en papel común estaban fijados interiormente en las hojas de dos de las tres puertas del edificio:

Quivi dell' nom le frali spoglie accoce
Pallida morte, o passegger, l'aditta, etc.

El único sepulcro algo notable del cementerio fué erigido de antemano por una mujer que tardó aún diez y ocho años

en morir: la inscripción menciona esta circunstancia; así es que esta mujer esperó en vano su sepultura durante diez y ocho años. ¿Qué pena alimentó en ella tan larga esperanza?

Sobre una pequeña cruz de madera negra se lee este epitafio: *Virginia Acerbi, d'Anni 72, 1824. Morta nel bacio del Signore*. Los años son duros para una hermosa veneciana.

Antonio me decía: «Cuando este cementerio esté lleno, lo dejarán descansar y enterrarán los muertos en la isla de San Miguel de Murano.» La idea era exacta; después de la siega, se deja la tierra en barbecho y se abren en otra parte nuevos surcos.

Venecia, septiembre de 1833.

Hemos ido a ver ese otro campo que aguarda al gran labrador. San Miguel de Murano es un risueño monasterio con una elegante iglesia, pórticos y un claustro blanco. Desde las ventanas del convento se descubren, por encima de los pórticos, las lagunas de Venecia; un jardín tapizado de flores, va a unirse a la hierba, cuyo abono se prepara, bajo el fresco cutis de una joven hermosa. Este delicioso retiro pertenece a los franciscanos; más a propósito sería para monjas que cantasen como los tiernos discípulos de *Scuole*, de Rousseau: «Dichosas aquellas — dice Manzoni — que han tomado el velo santo antes de haber fijado sus miradas en la frente de un hombre.»

Dadme aquí, os lo suplico, una celda para terminar mis *Memorias*.

Fray Paolo está enterrado a la entrada de la iglesia; este idólatra del bullicio debe hallarse muy disgustado por el profundo silencio que lo rodea.

Pellico, condenado a muerte, fué depositado en San Miguel antes de ser trasladado a la fortaleza de Spielberg. El presidente del tribunal ante el que compareció Pellico, reemplaza al poeta en San Miguel y está sepultado en el claustro: no saldrá de esta prisión.

No lejos de la tumba de este magistrado se ve la de una mujer extranjera, casada a la edad de veintidós años, en el mes de enero; murió en el mes de febrero siguiente. No quiso pasar de la luna de miel; el epitafio dice: *Ci revedremo*. ¡Si esto fuera cierto!

Me hallaba demasiado cerca de la isla y de la ciudad de Murano para dejar de visitar las fábricas, de donde salían para Combours los espejos de la habitación de

mi madre. No he podido ver esas fábricas cerradas en la actualidad; pero se hiló delante de mí, como el tiempo hila nuestra frágil vida, un delgado cordón de cristal: de este cristal estaba hecha la perla que pendía de la nariz de la joven iroquesa de la catarata del Niágara: la mano de una veneciana había redondeado el adorno de una mujer salvaje.

Encontré cosas mejores que Mila. Una mujer llevaba un niño en mantillas; la suavidad del cutis y el encanto de las miradas de aquella muranesa se han idealizado en mi memoria. Su aspecto era triste y pensativo; si yo hubiese sido lord Byron, la ocasión era favorable para intentar la seducción en la miseria: mucho se adelanta aquí con un poco de dinero. Después hubiera representado el papel de desesperado y de solitario a la orilla de las olas, satisfecho de mi triunfo y de mi talento. Otra cosa me parece el amor, he perdido de vista a René hace muchos años, pero no sé si buscaba en sus placeres el secreto de su tedio.

Cada día, a la vuelta de mis excursiones, enviaba un criado al correo, pero ninguna carta había para mí. El conde de Griffi no me contestaba desde Florencia, y los periódicos permitidos en aquel país independiente no se hubieran atrevido a publicar que un viajero se había hospedado en el *León Blanco*. Venecia, donde nacieron las gacetas, se ve reducida hoy a leer el anuncio que publica en un mismo cartel el título de la ópera del día y las cuarenta horas. Los Aldes no saldrán de sus sepulcros para abrazar en mí al defensor de la libertad de imprenta. Era preciso esperar. Vuelto a mi posada, comía distraído con la presencia de los gondoleros, estacionados, como he dicho, bajo mi ventana, a la entrada del gran canal.

Venecia, septiembre de 1833.

Preguntábame a mí mismo, al despertar, por qué tenía tanto cariño a Venecia, cuando me acordé de repente de que me hallaba en Bretaña: la voz de la sangre hablaba en mi interior. ¿No hubo en tiempo de César en Armórica, un país de los Vénetos, *civitas Venetum, civitas Venetica*? ¿No dice Estrabón que se aseguraba que los Vénetos eran descendientes de los Vénetos gaulas?

Hase sostenido, por lo contrario, que los pescadores del Morbihan eran una colonia de los *pescatori* de Palestina; en este caso Venecia sería la madre, no la

hija de Vannes. Pueden conciliarse estos pareceres, suponiendo (lo que es muy probable) que Vannes y Venecia han nacido recíprocamente la una de la otra. Considero, pues, a los venecianos como bretones; los gondoleros y yo somos primos y oriundos del cuerno de la Galia, *cornu Gallia*.

Satisfecho con esta idea he ido a almorzar a un café, situado en el muelle de los Esclavones. El pan era tierno, el te aromático, la nata como en Bretaña, la manteca como en la Prevalais; porque la manteca, merced al progreso de luces, ha mejorado en todas partes; la he comido exquisita en Granada. El movimiento de un puerto me deleita siempre: los patronés de los buques bebían alegremente; los vendedores de frutos y flores me ofrecían cidras, uvas y ramilletes; los pescadores preparaban sus tartanas; los guardias marinas se dirigían en sus chalupas al buque almirante para tomar lecciones de maniobra, y las góndolas conducían varios pasajeros al vapor de Trieste, de ese Trieste que quiso hacerme acuchillar por Bonaparte en las gradas de las Tullerías, del mismo modo que me amenazó con hacerlo también cuando, en 1807, me atreví a escribir en *El Mercurio*:

«Nos estaba reservado hallar en el fondo del mar Adriático la tumba de dos hijas de reyes, cuya oración fúnebre habíamos oído pronunciar en un granero de Londres. ¡Ah! La tumba que encierra esas nobles señoras habrá visto una vez al menos interrumpido su silencio: el rumor de los pasos de un francés habrá estremecido a dos francesas en su sepulcro. Los respetos de un humilde caballero en Versailles, nada hubiese sido para unas princesas; la plegaria de un cristiano en tierra extraña, acaso habrá sido agradable para unas santas.»

Hace algunos años que sirvo a los Borbones; éstos han iluminado mi fidelidad, pero no la cansarán jamás. Almuerzo en el muelle de los Esclavones aguardando a la desterrada.

ROUSSEAU Y BYRON. — GRANDES INGENIOS INSPIRADOS POR VENECIA. — ANTIGUAS Y NUEVAS CORTESANAS. — ROUSSEAU Y BYRON DESGRACIADOS. — LLEGADA DE LA SEÑORA DE BAUFFREMONT A VENECIA. — EL DUQUE DE MÓDENA. — SEPULCRO DE PETRARCA EN ARQUA. — TIERRA DE POETAS.

Venecia, septiembre de 1833.

Desde mi humilde mesa recorro con la vista todas las radas: una brisa suave refresca el aire; la marea sube, y entra un buque mayor. El Lido a un lado, el palacio del Dux al otro y las lagunas en el centro; he aquí el cuadro. De este puerto salieron tantas flotas gloriosas: de él salió el viejo Dandolo con toda esa pompa de la caballería de los mares, cuya descripción nos legó Villehardouin, fundador de nuestra lengua y nuestras memorias:

«Y cuando las naves estuvieron cargadas de armas, y de vituallas, y de caballeros y escuderos, y los escudos fueron colocados a lo largo de los costados y obenques de las naves, y se desplegaron tantas y tan bellas banderas, jamás flotas más hermosas partieron de ningún puerto.»

Mi escena matinal de Venecia me recuerda la historia del capitán Olivet y de Zulietta, tan bien referida:

«La góndola llega — dice Rousseau —, y vió salir de ella a una joven encantadora, elegantemente vestida, y tan ligera que, en tres saltos, estuvo en la habitación; y la vi a mi lado antes de poder advertir que habían puesto un cubierto para ella. Era tan hermosa como viva; una morenita de veintidós años, a lo más; no hablaba más que el italiano; y sólo su acento hubiera bastado para trastornarme la cabeza. Comiendo y hablando a un tiempo, me mira, se fija un momento y exclama: «¡Virgen Santa! ¡Ah, mi querido Bremond, cuánto tiempo hacía que no te había visto!»; se arroja en mis brazos, me besa y me estrecha fuertemente entre los suyos. Sus grandes ojos negros y orientales arrojaban rayos de fuego que abrasaban mi corazón; y aunque me distrajo al pronto la sorpresa, la voluptuosidad se apoderó de mí en el momento...»

«Nos dijo que me parecía mucho al señor Bremond, director de Aduanas de Toscana; que había amado a ese sujeto;

que le amaba aún; que la había abandonado porque era una loca; que me brindaba a reemplazarle; que deseaba amarme porque era ese su gusto; que debía yo corresponderle por la misma razón, todo el tiempo que le conviniera, y que cuando ella me abandonase, debía armarme de paciencia, como había hecho su querido Bremond. Dicho y hecho...»

Por la noche la acompañamos a su casa; durante la conversación vi dos pistolas sobre su tocador. «¡Ah! — dije yo tomando una de ellas —; he aquí un adorno de nueva invención; ¿puedo saber cuál es su uso?...» Nos dijo con una sencillez altiva, que la hacía aún más interesante: «Cuando concedo favores a personas que no amo, les hago pagar el fastidio que me causan; nada más justo; pero, al sufrir sus caricias, no quiero sufrir sus insultos, y no perdonaré al primero que me falte.»

«Al separarme de ella quedamos citados para la mañana siguiente; no la hice esperar. La hallé *in vestito di confidenza*; en ese desaliño más que galante, conocido tan sólo en los países meridionales y que no me detendré a describir, aunque lo tengo muy presente... Yo no había concebido la idea de los placeres que me esperaban. He hablado de la señora de L...e, en el transporte que su recuerdo me causa alguna vez; pero, ¡cuán vieja, fea y fría me parece comparada con mi Julieta! No intentéis imagináros las gracias y atractivos de aquella joven encantadora, porque distaríais mucho de la verdad...; las hermosas del Serrallo son menos vivas, las huríes del Paraíso menos incitantes.»

Esta aventura terminó por una extravagancia de Rousseau y las palabras de Julieta: *Lascia le donne e studia la matematica*.

Lord Byron se entregaba también a las Venus mercenarias; llenó el palacio de Mocénigo de estas beldades venecianas, refugiadas, según él decía, bajo los *Pazzioli*. Avergonzado algunas veces, huía y pasaba las noches en su góndola en medio de las aguas. Tenía por sultana favorita a Margarita Cogni, llamada por apodo la *Fornarina*, por el oficio de su marido. «Morena, alta (habla lord Byron), cabeza veneciana, hermosos ojos negros, y veintidós años. Dirigiéndonos a Lido en

un día de otoño... nos sorprendió una tempestad... A la vuelta, después de una terrible lucha, encontré a Margarita en las gradas del palacio Mocénigo, a orillas del gran canal; sus ojos negros brillaban al través de sus lágrimas, su larga cabellera de azabache, desprendida y empapada en la lluvia, cubría su frente y su pecho. Expuesta al furor de la tormenta, el viento que azotaba sus vestidos, los arrollaba y ceñía a su esbelto talle; el relámpago brillaba sobre su cabeza y las olas bramaban a sus pies; parecía una Medea apeada de su carro, o una sibila conjurando a la tempestad que mugía en derredor; único objeto vivo al alcance de la voz en aquellos momentos, a excepción de nosotros mismos. Al verme sano y salvo, no me esperó para darme la bienvenida, sino que, gritando desde lejos, me dijo: *Ah! can della Madonna! dunque sta il tempo per andar al Lido!* ¡Ah! pícaro, ¿es este tiempo a propósito para ir a Lido?»

En estas dos relaciones de Rousseau y de Byron, se comprende la diferencia de posición social, de educación y de carácter de estos dos hombres. A través de las galas de estilo del autor de las *Confesiones*, descúbrese cierta vulgaridad, cierto cinismo, cierto mal tono y mal gusto; la obscuridad del lenguaje propio de aquella época, obscurece el cuadro, Zulietta es superior a su amante en elevación de sentimientos y en elegancia de costumbres; es casi una gran señora enamorada de un íntimo secretario de un miserable embajador. Igual inferioridad se nota cuando Rousseau se conviene con su amigo Carrio para educar, de común acuerdo, a una niña de once años, cuyos favores, o más bien cuyas lágrimas, debían repartirse entre sí.

Lord Byron es de otra índole: deja traslucir las costumbres y la fatuidad de la aristocracia; par de la Gran Bretaña, se burla de la mujer que ha seducido, y la eleva hasta él por sus caricias y por la magia de su talento. Byron llegó rico y famoso a Venecia, Rousseau desembarcó en ella pobre y desconocido; todos señalan el palacio que divulgó los errores del noble heredero del comodoro inglés; al paso que ningún *cicerone* podrá señalaros el sitio en que ocultó sus placeres el hijo plebeyo del obscuro relojero de Ginebra. Rousseau ni siquiera habla de Venecia; parece haberla habitado sin verla; Byron la canta admirablemente.